

CONCHITA MONTES,

ESA ACTRIZ SENCILLA Y ADMIRABLE

colegio norteamericano "Vassar", juventud de niña literata, incluso su fugitivo cruzar por el celuloide. Le queda el recuerdo y la experiencia, pero todo el resto quedó abandonado en la estación de enlace de ese escenario que pisaba por primera vez:

—Es como si hubiera nacido dos veces. Mi vida pasada más me parece la de una primita mía.

Ya tuvo su vocación revelada. Era preciso montar el acecho de la oportunidad. Llegó con "Desde los tiempos de Adán", y, sobre todo, con "Marea baja". Quien no conozca bien a Conchita sospechará que el personaje de Peter Blackmore, esa sirena huidiza y moralmente fría, es la imagen que mejor la simboliza. No es así. Tal vez tiene algo de la Ondine de Giraudoux. Fuera del mar de su teatro, parece que al tocarla va a desaparecer, dejándonos en las manos unas huellas de maquillaje que constaten que existió y no fué sueño. Ondine en apariencia. Ocurre que es difícil en ella discernir las fronteras entre su inteligencia, su intuición y su corazón. La cifra de su secreto es su fervorosa entrega al personaje de actriz sencilla y admirable,

escena. Por eso parece distante aun cuando se halle al alcance de la mano. Y eso le da su condición de mujer sin hostilidad. Sólo a Conchita perdonan las damas el haber visto en casa del modista esa tela que ellas no descubrieron:

—Es que en Conchita todo cae bien.

Y su rencor queda pasteurizado. El agente del tráfico vigila el trozo libre de calzada para que ella sitúe su coche al llegar al teatro; el dueño de la tienda de lujo envía a su camerino ese pedido ideal que en su ilusión atribuye a un cliente delicado; el espectador desea que el segundo acto vaya a más para que Conchita tenga un éxito. Es que todos, sin saber si es ella o su reflejo, la ven bajo su hechizo de actriz sencilla y admirable, de mujer al margen, incapaz de entretener hablando de sombreros, incapaz también de llegar a la última confidencia. Ella cumple en su entrega al teatro. Haciendo "El baile", le preguntaron:

—¿Cómo puedes llorar en la 700 representación?

—Porque me lo creo.

"El baile", comedia dramática, fué su gran éxito. Ella, la actriz, prefirió su segundo acto. También el tercero, de "A media luz los tres":

—Hay carne y todo resulta fácil cuando el personaje es entero. Es necesario creer en el personaje, saber incluso cómo sería en otros momentos fuera de la escena.

Y ella, además, cree en el personaje durante todas las representaciones. Su ataque de nervios en "El Ángel y el pistolero" es un ataque de verdad, tarde y noche. Por no meter al personaje en el orfanato de la contaduría, ambiciona mayor empresa:

—Ya tengo mi compañía, ahora quiero tener mi teatro. Y una de las razones es poder mimar las comedias que me gustan sin la sumisión de la "media".

Sólo quiero el dinero para no tener que pensar en él.

Su única diversión es pensar en el teatro:

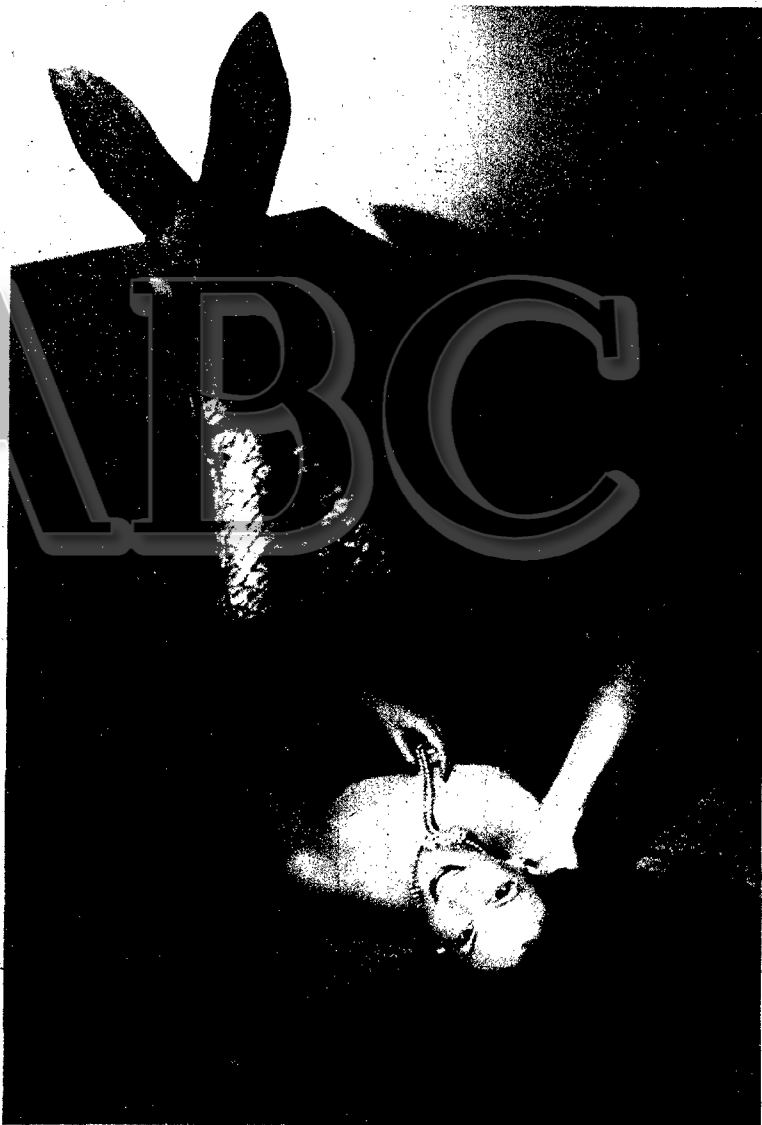
—Me gusta el teatro en toda su dimensión: como actriz, como autor, como empresaria y hasta como electricista...

Y confía:

—A veces incluso me creo que todas esas anécdotas que se cuentan del teatro me han ocurrido a mí.

Y se imagina en un Museo a lo Balzac, poblado de máscaras ilustres entre las que ella se mueve humildemente en su personaje de actriz sencilla y admirable. Ella, lo más contrario a la aventura, está viendo su aventura maravillosa.

Alfonso SANCHEZ



Conchita Montes, en su papel de ondina, en "Marea baja". (Foto Gyenes.)

CUANDO está en el teatro, ella revela una indecible felicidad. Por su gusto, Conchita Montes permanecería en el teatro veinticuatro horas cada día: en escena, ensayando, a vueltas con diseños y proyectos, metida en su camerino, haciendo que hace algo; simplemente, respirando teatro. Todo su mecanismo de criatura exacta está regulado por un meridiano de candilejas. Supo advertirlo:

—De pronto comprendí que lo que me debía gustar era el teatro.

Ensayaba "Dalila". Ni siquiera le entusiasma su papel, ni siquiera los ensayos se hacían en un escenario, que sólo pisó la víspera del estreno:

—Pero en cuanto entré en el escenario, tuve la sensación de llegar a casa.

A sus espaldas cayó un telón que tapaba para siempre el paisaje de su vida anterior: años de Universidad, cursos en el

que controla, en invisible presencia, todos sus actos y palabras. Y, sin embargo, no hay dos Conchitas, sino una Conchita y su reflejo.

Lo que se ve fuera de la escena es la imagen de Conchita reflejada en un espejo, que sale a darse una vuelta por la vida, a charlar con su público. La Conchita real sigue en su camerino ordenando los pasos de su reflejo, hasta que lo recoge, porque el avisador ha dado la señal de entrar en